

## LA ACCION DE LA UNION SOVIETICA SOBRE LAS REPUBLICAS AMERICANAS

POR

FERNANDO MURILLO RUBIERA

Desde que, en octubre de 1934, se celebró en Moscú una conferencia secreta de los partidos comunistas de Iberoamérica, en la que el entonces presidente de la Internacional, Manuilsky, lanzó su fórmula "en los países retrasados es necesario adoptar una política retrógrada", puede hablarse de un *plan continental* de acción comunista sobre el Nuevo Mundo. Toda manifestación de actividad comunista en cualquier república y toda actitud de aproximación de la Unión Soviética a aquellos gobiernos deben ser contempladas a la luz de esta afirmación: la existencia de un plan continental dirigido a penetrar en el seno de los pueblos americanos. Como auténtico plan, va precedido de la consideración de las peculiaridades sociológicas y económicas de aquellos países para adoptar la política más adecuada de penetración.

He aquí que en el presente año se han registrado dos hechos a los que se debe conceder gran importancia, porque con ellos los dirigentes de la política de Moscú han hecho público ante el mundo el interés de la Unión Soviética por incrementar sus relaciones con los países iberoamericanos. Estos hechos son las declaraciones de Bulganin en el mes de enero y el anuncio del viaje a América del Sur del viceprimer ministro Mikoyan, difundido cuando todavía la prensa mundial recogía las últimas informaciones sobre la memorable visita a la Gran Bretaña de Bulganin y Kruschev.

Las declaraciones de Bulganin fueron hechas en el curso de una entrevista concedida por el presidente del Consejo de Ministros soviético a un redactor de la revista neoyorquina *Visión*, que se publica en portugués y español para los lectores iberoamericanos. *Pravda*, del día 17 de enero, reprodujo íntegramente el texto de estas declaraciones. El 22 del mismo mes, *Izvestia* les dedicó un amplio comentario, destacando la importancia del desenvolvimiento futuro de la cooperación económica entre la Unión Soviética y los países americanos. La prensa americana, del Norte y del Sur, pero más la primera, dedicó merecida atención a las palabras de Bulganin. Que fuera en los Estados Unidos donde el contenido de las

declaraciones produjese eco más profundo, no debe extrañar, porque sabido es, de un lado, el protagonismo político que Norteamérica ejerce en el nuevo continente, y, de otro, el celo anticomunista que caracteriza al Gobierno y al pueblo de los Estados Unidos hoy en día. Se trata, por consiguiente, de algo que, por doble razón, debía herir de manera singular la sensibilidad de los Estados Unidos, y la prensa así lo reflejó.

Las declaraciones del presidente del Consejo de Ministros de la U. R. S. S. pueden ilustrarnos sobre el contenido del proyectado viaje de Mikoyan, que parece va a ser el hombre designado para iniciar el programa de política económica trazado por Bulganin.

“La Unión Soviética—dice éste, respondiendo a la primera pregunta—está dispuesta a establecer también relaciones diplomáticas con los países de la América Latina con los que todavía no las tiene. Propugnamos el desenvolvimiento de los lazos internacionales y de la cooperación con todos los Estados, comprendidos los países de la América Latina.”

De la bondad de estas relaciones y de los beneficios que de ellas se derivan son ejemplo las relaciones diplomáticas mantenidas con la Argentina, Uruguay y México: “Las relaciones actuales entre la U. R. S. S., Argentina, México y Uruguay—dice textualmente Bulganin—benefician, según nos parece, a las dos partes. Facilitan la cooperación de estos Estados en orden al mantenimiento y reforzamiento de la paz. Contribuyen a desarrollar lazos económicos, culturales y de otra índole entre la Unión Soviética y esos países. Así, en los últimos tiempos, el comercio entre la Unión Soviética y la Argentina se ha ampliado sensiblemente. Se puede esperar que, en el porvenir, nuestras relaciones con los países de la América Latina van igualmente a evolucionar en beneficio recíproco de las dos partes, en interés del reforzamiento de la cooperación internacional.”

A continuación, el mariscal Bulganin nos facilita la siguiente interesante información acerca de las mercancías que la Unión Soviética está dispuesta a ofrecer y de las que desea adquirir: “La Unión Soviética exporta una gran variedad de mercancías sobre la base de recíprocas ventajas. La Unión Soviética podría enviar principalmente a los países de la América Latina material industrial vario y máquinas, en especial equipos para la industria petrolífera, el conjunto del instrumental requerido para diversas empresas, máquinas, herramientas, automóviles, máquinas agrícolas.” Pero la ayuda que la U. R. S. S. está dispuesta a prestar a países que tanto necesitan de su desenvolvimiento industrial no se limita

a los instrumentos de trabajo, sino que se extiende también al personal técnico, que exige toda economía poco desarrollada en el orden industrial: "Si es necesario—se añade—, la Unión Soviética podría aportar una ayuda técnica y una ayuda en especialistas y proceder a un intercambio de experiencias en cuestión de industria, energética, construcción, transportes y agricultura. Aparte de instrumental y máquinas, la Unión Soviética exporta también toda una serie de otros productos que podrían interesar a los países de la América Latina, tales como maderas, celulosa y papel, petróleo y derivados del mismo, laminados de hierro, cemento, amianto, colorantes, productos químicos, etc."

Puede verse que la oferta técnica e industrial de la Unión Soviética es muy amplia, y tiende, desde luego, a no olvidar cualquier necesidad industrial de los países hispanoamericanos. Lo que, en contrapartida, estaría interesada en recibir, no se especifica demasiado: "... nuestro país podría importar... productos agrícolas y de granja, así como productos de la industria minera."

Pero Bulganin ha hablado al comienzo de otros lazos además de los económicos, y por eso se le pregunta: "¿Tiene la Unión Soviética la intención de estimular el intercambio de visitantes con los países de América?" La respuesta es lacónica: "Sí; tiene la intención." Se requiere una precisión, por demás lógica, contando con esa buena disposición: "¿Piensa la Unión Soviética autorizar a las líneas aéreas sudamericanas que viajan actualmente a Europa a incluir en sus itinerarios las ciudades soviéticas?" La contestación, que termina la entrevista, es ésta: "Esta cuestión necesita un examen especial, porque en ella desempeñan un papel decisivo las condiciones concretas y los intereses de las partes contratantes."

Respecto al viaje de Mikoyan, según las escasas noticias facilitadas por las agencias, tendría un carácter eminentemente comercial. El Gobierno de Moscú desea incrementar las relaciones comerciales con los países sudamericanos, concluyendo diversos acuerdos para este fin. Según parece, Mikoyan visitaría Brasil, Chile y Argentina; pero nada tendría de extraño que la visita incluyera también Uruguay y México, por razones que son obvias, y algunas otras repúblicas. Al propio tiempo, se apunta la posibilidad de que el viaje de Mikoyan, rebasando el campo de lo puramente comercial y económico, roture el camino para la apertura de negociaciones con vistas al establecimiento de relaciones diplomáticas y culturales entre la U. R. S. S. y varias repúblicas.

\* \* \*

Las declaraciones de Bulganin son todo un programa de acción sobre los países iberoamericanos. La Unión Soviética ha juzgado necesario para el desarrollo de su política intensificar su penetración económica en todo el mundo. Las palabras del presidente del Consejo de Ministros de la U. R. S. S. equivalen a la declaración oficial de un objetivo político de Moscú, y el anuncio del viaje de Mikoyan es la prueba de que Moscú se dispone a alcanzarlo.

La política comercial soviética en el exterior está hoy determinada por la tensión existente entre el mundo occidental y el comunista. No se trata, por tanto, meramente de ampliar el área comercial de un país o de un bloque, sino de ganar posiciones políticas que permitan garantizar la neutralización de la acción del contrario y de enrolar los países sobre los que se ejerce la influencia en un sector o en otro. Los fines estrictamente comerciales no existen o están supeditados a los políticos, operando en función de medios. El mundo occidental trata de defenderse de la infiltración comunista dirigida desde Moscú, porque esa infiltración amenaza el corazón del esfuerzo defensivo en que se ve empeñado. El mundo comunista, por su parte, trata de quebrantar la alianza defensiva occidental y, sobre todo, su fortalecimiento con la incorporación de nuevos sectores del mundo, lo cual no es, además, sino una manifestación de la esencia misma de la política marxista, que reconoce como fin supremo la ruina del mundo capitalista.

En esta lucha, y por lo que se refiere a las zonas del globo formadas por países subdesarrollados, la táctica seguida por Moscú parece mucho más hábil que la seguida por el mundo occidental, principalmente por los Estados Unidos. Del lado occidental aparece demasiado clara la vinculación de los objetivos económicos y de los políticos o defensivos, en tanto que de parte soviética todas las ofertas comerciales son presentadas como dirigidas a favorecer el comercio exterior soviético, ciertamente; pero también los intereses particulares de los países con los que la Unión Soviética quiere entrar en relación. La fórmula justificada por la U. R. S. S. para facilitar su penetración se basa en la conclusión de acuerdos bilaterales, de contenido económico casi exclusivamente, o exclusivamente. Esta fórmula permite, de un lado, que las relaciones comerciales entre la Unión Soviética y un país determinado no hieran la susceptibilidad de éste, pese al gran dominio económico que sobre él pueda por esta vía alcanzar la primera, y, de otro, establecer un contraste, del que hacen una buena cantera de propaganda los partidos comunistas, con el sistema de ayuda norteameri-

cano, fácilmente atacado como sistema imperialista y dominador. Además, la U. R. S. S. destaca notablemente los beneficios económicos y técnicos que puedan derivarse de su ayuda y cómo tales beneficios no crean ninguna vinculación o compromiso en el orden defensivo.

En el seno de la política comercial y económica que, de este modo, despliega la Unión Soviética en relación con los países subdesarrollados, se esconde siempre el fin político esencial: la lucha con el mundo occidental y la difusión del comunismo. Recuérdese el viaje de Bulganin y Krushev al Asia meridional (India, Birmania y Afganistán). Este viaje, según Moscú, estaba inspirado por el deseo soviético de mantener buenas relaciones con todos esos países, cooperando de este modo a la paz mundial, y por propósitos comerciales. Pero nada de eso ha impedido que Bulganin y Krushev hayan jalonado todo su viaje, sin tregua ni descanso, con los más violentos ataques a Occidente, presentando, mediante una propaganda directa y popular ejercida sobre las ignorantes masas asiáticas, el contraste entre una Unión Soviética pacifista, progresiva y amiga, y un mundo occidental imperialista y guerrero, que apoya su política internacional en sistemas defensivos en vez de pretender solamente la conclusión de acuerdos comerciales de "sana" intención, y representante además de un colonialismo contra el que los pueblos asiáticos están especialmente sensibilizados. Bulganin y Krushev han hecho más profunda la propaganda comunista entre las enormes e inermes masas asiáticas, han acentuado más la inclinación filocomunista del neutralismo, que tiene por centro a Nueva Delhi, y han minado el terreno, con un puñado de ofertas comerciales en la mano, a la política asiática occidental.

Los acuerdos comerciales nacidos con motivo del viaje de los dos principales representantes de la política de Moscú constituyen una ayuda positiva para solucionar los problemas económicos planteados en los países del Asia meridional. Las operaciones comerciales de intercambio de productos, en las que la U. R. S. S. apoya su política comercial con los países subdesarrollados, descansan en un perfecto conocimiento de las necesidades económicas de éstos y en una adecuada adaptación a ellas. Sirva de ejemplo el caso de Birmania, necesitada de liquidar anualmente sus excedentes de arroz. La Unión Soviética se compromete a liquidar gran parte de esos excedentes, suministrando a cambio importantes cantidades de productos y material industriales. Con esta fórmula, la Unión Soviética ayuda de manera real a resolver un problema de

la economía birmana, pero, al propio tiempo, asegura su penetración comercial y su control sobre la economía del país en la hora presente y en el futuro, precisamente por tratarse de una influencia ejercida sobre un país nada desarrollado industrial y técnicamente, ya que, como ha dicho Walter Lippmann comentando la política económica soviética, si la U. R. S. S. consigue comprar una parte importante de los excedentes de un país poco desarrollado, estará en condiciones de desempeñar un papel muy importante en el desenvolvimiento industrial de ese país.

Constantemente se registran hechos que prueban el gran interés que tiene la Unión Soviética en ampliar su comercio exterior, penetrando en aquellas zonas del mundo constituídas por países que son blanco seguro en la táctica adoptada. Estamos en presencia de una gran ofensiva políticocomercial soviética, que puede, con gran seguridad y sin riesgo bélico, facilitar a la Unión Soviética una victoria rotunda sobre el mundo occidental al ganar posiciones de privilegio sobre las economías de una enorme cantidad de países, cuyo peso en el despliegue de la política internacional es indiscutible.

Recuérdese, para ilustrar con algunos ejemplos lo que acabamos de afirmar, que no bien se hubo declarado independiente el Sudán, la U. R. S. S., al tiempo de otorgar su reconocimiento el día 3 de enero, se declaró dispuesta a establecer relaciones diplomáticas y comerciales con el nuevo Estado soberano. Al día siguiente, 4 de enero, una delegación soviética dirigida por el presidente del Consejo de las Nacionalidades del Soviet Supremo, Volkov, llegaba a Liberia y ofrecía a esta República la ayuda económica y técnica de la U. R. S. S. Inmediatamente, el presidente Tubman, halagado en sus sentimientos nacionalistas por las perspectivas optimistas que la ayuda soviética abría ante sus ojos, se apresuraba a declarar que con tal ayuda Liberia podría convertirse en "una nación fuerte". El 13 del mismo enero, un portavoz yemenita en El Cairo declaraba que la Unión Soviética se había ofrecido para levantar fábricas en el Yemen y enviar maquinaria agrícola y equipos para la construcción de carreteras, adquiriendo del país, en contrapartida, café, tabaco y productos agrícolas. Antes de acabar el mes, el 29, llegaba al Yemen la primera delegación soviética. El 25 de enero, Radio Kobul anunciaba que la Unión Soviética estaba construyendo ya en territorio afgano cuatro aeropuertos, como primera manifestación de la ayuda acordada por la U. R. S. S. por un valor de 100.000.000 de dólares, bien entendido que este primer fruto del rápido paso de Bulganin y Krushev



por aquel país estaba siendo supervisado por una misión económica y técnica soviética.

Estos ejemplos, tomados solamente del primer mes de este año, en el que Bulganin lanzó también su oferta comercial a todas las repúblicas americanas, son un índice del ritmo tomado por las iniciativas soviéticas en su política económica para el exterior, y sirven además para comprobar que el programa trazado por el presidente del Consejo de Ministros soviético desde las páginas de *Visión* está en la misma táctica de actuación que queda explicada líneas más arriba.

Iberoamérica, por consiguiente, ha quedado incluida dentro del programa de acción comercial soviético, y es uno de los objetivos que se dispone a alcanzar. También aquí, la existencia de un conjunto de países con gran necesidad de industrializarse, pero carentes de los elementos técnicos que requiere esa industrialización, que dispone de enormes riquezas mineras inexploradas, y cuya explotación podría dar un impulso de enorme trascendencia a la economía total del continente, se cuenta con unas fabulosas reservas agrícolas y ganaderas, y que, además, no presenta los problemas de exceso de población que de tal manera gravitan sobre el Asia meridional y sudoriental, permite a la Unión Soviética aplicar su fórmula, ya experimentada en otras partes del mundo, segura de dar en la diana. Esto es, ayudar a las economías de las repúblicas de América y ganar así un ascendiente enorme sobre el desarrollo industrial y técnico de ellas, que sin duda puede ser fabuloso si cuentan desde el primer momento con el material y el equipo de técnicos para utilizarlo; extender en una dimensión continental su influencia económica sobre grandes zonas del mundo no soviético, y, además, ganar por la mano a los Estados Unidos en lo que éstos consideran esfera de su exclusiva competencia. Y, por encima de todo, entiéndase bien, infiltrar el comunismo en toda la estructura social y económica de los países iberoamericanos, alcanzando de este modo su fin esencial por medio de lo que en principio sólo era la expresión de un acuerdo de voluntades entre países que quieren ayudarse en sus legítimos objetivos económicos.

\* \* \*

Examinando, por consiguiente, el problema de la acción de la Unión Soviética sobre las repúblicas americanas en el orden económico y comercial, se ha de convenir que descansa en un cono-

cimiento acabado de las necesidades económicas del mundo iberoamericano. Esto permite presentar ofertas que, siempre desde un punto de vista económico, se pueden conceptuar como fascinantes por estar hechas a la medida de las aspiraciones de los pueblos y de los gobiernos de cada una de las repúblicas: elevación del nivel de vida, adquisición del material técnico, desarrollo de la industria, explotación de las riquezas naturales, exportación de excedentes. Es evidente que cada paso que la Unión Soviética da en este camino se convierte en un golpe cada vez más duro para los Estados Unidos, y hay muchos síntomas que traducen la preocupación norteamericana.

Pero no es esto todo. La infiltración comunista y la penetración comercial soviética, perfectamente enlazadas, constituyen una amenaza para la coordinación y compenetración que necesita el llamado mundo occidental o libre. Es dejar entrar el enemigo en casa. Sus consecuencias inmediatas son debilitantes y desintegradoras. De aquí la trascendencia política de la ofensiva comercial de Moscú.

La ruina del mundo capitalista, primer postulado de la doctrina marxista, no ha de ser necesariamente consecuencia del uso de las armas. Por el contrario, ha de ser principalmente fruto de la dialéctica misma de la Historia y del despliegue de las fuerzas que el comunismo alberga en su seno.

Al ser preguntado Bulganin en la aludida entrevista por las seguridades que la Unión Soviética ofrecería en lo que se refiere a su no injerencia en la vida política de los países americanos, hizo esta declaración: "La Unión Soviética no se inmiscuye en los asuntos internos de los otros países, estimando que éstos no deben inmiscuirse en los asuntos internos de la Unión Soviética. La política exterior de la Unión Soviética se funda en el respeto a la soberanía de todos los países, grandes y pequeños, sobre el reconocimiento del derecho de todos los pueblos a la independencia en tanto que naciones y en tanto que Estados. Coexistencia pacífica y cooperación amigable entre los Estados, a pesar de la diferencia de su régimen social, tal es el principio fundamental de nuestra política exterior."

La fórmula de la coexistencia es un arma utilísima en manos comunistas, porque opera sobre el ansia universal de paz que siente la castigada Humanidad. En este artículo no podemos entrar en su examen, pero sí es útil advertir que nada tan en contradicción con un ideal de *mera* coexistencia como la ideología comunista. Coexistir es algo estático, incompatible de suyo con todo encuentro



de ideologías, que por esencia han de estar animadas siempre por un principio dinámico. Pero mucho más cuando una de esas ideologías es la comunista, penetrada de la concepción marxista de la Historia, con arreglo a la cual el comunismo se encuentra empuñado en una lucha universal con el mundo capitalista, de la que se ha de seguir necesariamente la ruina de éste. Una ideología que se encuentra animada por este principio de fe no puede ser mera y estáticamente coexistente con la sociedad capitalista, que ha de ser barrida del mundo. Equivaldría a negar el principio fecundador de toda la concepción comunista.

En la realidad de los países iberoamericanos, la acción comunista encuentra un aliado decisivo: el nacionalismo. También opera en gran medida en los pueblos asiáticos y africanos, pero allí es más claramente anticolonialismo. En Iberoamérica, el nacionalismo es la fuente de energía que puede mover todo, incluso la incomprensión del destino unitario de los pueblos americanos. Si el comunismo hace su aliado del nacionalismo, centuplica su fuerza y hace saltar las barreras que muchas conciencias no proletarias podrían oponerle. No importa la contradicción doctrinal que supone una Unión Soviética imperialista favoreciendo los sentimientos nacionales. Tales contradicciones no cuentan para los intereses comunistas y para la manera de actuar de la Unión Soviética. Además, los elementos doctrinales no tienen en América una fuerza como la que es posible reconocer todavía en Europa. Lo importante es que el comunismo puede ser aliado del nacionalismo por común oposición al predominio norteamericano. La liberación de los pueblos de Iberoamérica mediante la explotación de sus riquezas, el fortalecimiento de su estructura económica y la elevación de su nivel de vida, es un ideal que contribuye a levantar los espíritus aunque sea haciendo el juego al comunismo, y es una bandera fácilmente manejable por la pequeña burguesía y las minorías intelectuales, e incluso por un campesinado indígena ganado lentamente, que son los grupos sociales en los que la Unión Soviética busca infiltrarse y hacerse fuerte, conociendo bien la estructura sociológica de las distintas repúblicas de América. Esta es la razón de que, dentro o fuera de lo que puede ser llamado propiamente comunista, pero trabajando en una misma línea y dirección, encontremos en todas las repúblicas iberoamericanas grupos o partidos de significación heterogénea e incluso católica. Hecho éste que merecería un examen detenido en otro trabajo.

La Unión Soviética se muestra así como únicamente interesada en la prosperidad e independencia económicas de los países en

los que busca intensificar su penetración. Pero detrás de los lazos comerciales opera toda una máquina de propaganda, que tiene ya establecidas sus cabezas de puente en los partidos comunistas locales. Incluso, luego, ese aparato no aparecerá dirigido por una potencia extranjera. La Unión Soviética siempre encuentra o lanza un Jorge Abelardo Ramos o un Lombardo Toledano para que la penetración sea realizada por los propios nacionales.

La mejor política a seguir por los gobiernos de las repúblicas frente a la ofensiva comercial que ya está desencadenándose sobre Iberoamérica sería la que señalaba *El Mundo*, de la Habana, en su edición del día 18 de enero al comentar las declaraciones de Bulganin: "No abrir nuestras puertas al caballo de Troya."

Fernando Murillo Rubiera.  
Sainz de Baranda, 26.  
MADRID.

